

## La madre por la sangre y la madre intelectual: España y Francia en el imaginario mexicano de mediados del siglo XIX

*Mother by blood, Mother in spirit: Spain and France in the Mexican imaginary in the mid-19th century*

Tomás PÉREZ VEJO

Instituto Nacional de Antropología e Historia de México

### RESUMEN

Análisis del papel de las imágenes de España y Francia en el proceso de construcción nacional mexicano durante las décadas centrales del XIX. A partir de fuentes periodísticas y otros tipos de discursos públicos se reconstruye la forma como España, la madre por la sangre, y Francia, la madre por el espíritu, fueron utilizadas en el debate político mexicano, con el enfrentamiento entre dos proyectos alternativos, no sólo de Estado, sino también de nación.

### PALABRAS CLAVE

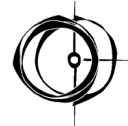
Construcción nacional; México; Siglo XIX; Historia política; Historia cultural; Relaciones internacionales; España; Francia.

### ABSTRACT

This work provides an analysis of the role of the images of Spain and France in the process of Mexican nation making during the middle decades of the 19<sup>th</sup> century. It is based on journalistic sources and other types of public discourse that reconstruct the way in which Spain, the mother by blood, and France, the spiritual mother, were used in the Mexican political debate, examining the confrontation between the two alternative projects, not only of the State but also of nation.

### KEYWORDS

Nation making; Mexico; 19<sup>th</sup> Century; Political history; Cultural history; International relations; Spain; France.



Artículo recibido el 19-1-2023 y admitido a publicación el 25-3-2023.

<https://doi.org/10.5565/rev/rubrica.297>

*Rubrica Contemporanea*, vol. XII, n. 23, 2023  
ISSN. 2014-5748

A mediados de junio de 1910, a las puertas ya del inicio de las conmemoraciones del Centenario de la Independencia, el periódico mexicano *El Imparcial* informaba/opinaba, era un editorial, sobre las naciones que, “según el grado de su parentesco comercial y de sus futuros planes de amistad con México”, habían empezado a designar embajadas extraordinarias a unas celebraciones que tenían mucho de presentación al mundo de los éxitos y logros del Estado-nación mexicano en su primer siglo de existencia. Estados Unidos, el país sin duda con un mayor parentesco comercial y planes de futuro con respecto a México, había anunciado que la suya la formarían seis miembros del Congreso; se esperaba que Alemania, la pujante nueva potencia europea, enviase una de también alta jerarquía, y “seguramente que España, la madre por la sangre, y Francia, la madre intelectual, no pasarán en silencio nuestro jubileo”<sup>1</sup>.

El parentesco comercial pasaba a ser en el caso de España y Francia de sangre y de espíritu, vínculos sin duda distintos y más fuertes de los que implicaba el simple intercambio de mercancías. Se daba una particular ubicación de estos dos países en el imaginario de las elites mexicanas del momento del Centenario para cuya explicación hay remontarse a los conflictos y contradicciones del proceso de construcción nacional mexicano y al papel que en él tuvieron las ideas de raza y cultura, que es el objetivo de este artículo, centrado en las que considero las dos décadas decisivas en la configuración del Estado-nación mexicano: las que van de la invasión norteamericana de 1847 al fusilamiento de Maximiliano en 1867.

66

México, lo mismo que la mayoría de los Estados-nación contemporáneos, si no todos, no se imaginó como una comunidad política, fruto de la voluntad de sus ciudadanos, sino como una étnico-cultural, con una raza y cultura propias y distintas de las demás de la Tierra. No era una elección, sino una obligación ante la historia: una concepción genealógica que conlleva necesariamente el establecimiento de líneas de parentesco con otras comunidades políticas del pasado y del presente, con el problema de que, en el momento de la proclamación de independencia, 1821, tanto la construcción del Estado como la invención de la nación que debía darle sustento y legitimidad eran todavía arduas tareas pendientes, dificultadas por la presencia de varios e incompatibles proyectos de Estado y de nación. La causa última de la larga e intermitente guerra civil que definió la vida política del primer México independiente, no concluida hasta ya muy avanzado el siglo, con el fusilamiento de Maximiliano y la derrota de los proyectos de Estado, pero también de nación, conservadores<sup>2</sup>.

La historiografía, por una serie de motivos que no vienen aquí al caso, ha prestado tradicionalmente mucha más atención a los conflictos de Estado, articulados en torno a derechos y organización política (monarquía/república, centralismo/federalismo, liberalismo/conservadurismo, etc.), que a los de nación, en torno a qué somos, de manera general ignorados y/o subsumidos en aquellos. La propuesta de este artículo, por el contrario, es que los conflictos de nación, identitarios, fueron en el primer México independiente al menos tan importantes como los de Estado, ideológicos, igual de virulentos y es posible que más difíciles de resolver y gestionar: sobre derechos y organización política cabe la negociación (más o menos libertades individuales, más o menos centralismos), sobre qué somos, difícilmente, se es o no se es. Los conflictos identitarios tienen, como consecuencia, una gran capacidad de enconamiento y

---

1. “Editorial”, *El Imparcial*, 17-6-1910.

2. Tomás PÉREZ VEJO, *Elegía criolla. Una reinterpretación de las guerras de independencia hispanoamericanas*, México, Tusquets editores, 2010.

polarización colectiva, tanta que no parece arriesgado afirmar que han sido una de las claves, en parte ignoradas, de la historia política de la modernidad.

En el proceso de construcción nacional mexicano se enfrentaron desde el momento de proclamación de la independencia dos proyectos alternativos e incompatibles de nación: uno al que, para simplificar, denominaré conservador, que a la pregunta de qué somos respondía hijos de España y de la civilización española, “hijos de los que habían hecho flamear en las torres de la Alhambra las enseñas de Castilla sobre la vencida media luna” (y quien lo afirma es nada menos que el autor de la letra del himno nacional de México, Francisco González Bocanegra, y en el marco particularmente solemne de la conmemoración del aniversario de la independencia del año 1854)<sup>3</sup>; y otro que, también simplificando, denominaré liberal, cuya respuesta es hijos del mundo prehispánico, de la nación “que cayó luchando con Cortés y tardó tres siglos para curarse de sus heridas”<sup>4</sup> (palabras del no menos influyente Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, con motivo de la misma conmemoración pero en 1861)<sup>5</sup>.

En ambos casos hago la precisión, necesaria, de que los términos liberal y conservador hacen referencia al conflicto político-ideológico, no al identitario, y que las líneas de fractura entre uno y otro conflicto, lo mismo que las de estos dos con las del conflicto económico, de reparto de recursos, no siempre fueron coincidentes: hubo liberales que en el conflicto identitario se ubicaron en el campo que aquí estoy denominando conservador y conservadores que lo hicieron en el liberal. Es una de las consecuencias de la hegemonía historiográfica de los conflictos de Estado sobre los de nación a la que se hacía referencia más arriba: el conflicto identitario ha sido tan ignorado que hasta carecemos de términos para definir a sus participantes, y nos vemos obligados a utilizar los contruídos para el conflicto ideológico.

Ambos proyectos de nación ofrecían dos relatos alternativos e incompatibles sobre lo que la nación mexicana era. El primero, el liberal, imagina, y narra, la historia de México como un ciclo de nacimiento, muerte y resurrección: un México nacido en la época prehispánica, muerto con la conquista y resucitado con la independencia, con los tres siglos virreinales como un triste y desgraciado paréntesis; el segundo, el conservador, lo hace a partir de la metáfora del hijo que, llegado a la edad adulta, se emancipa de la tutela paterna para vivir su propia vida: un México nacido con la conquista, crecido con el Virreinato y llegado a la edad adulta con la independencia. A medio camino entre uno y otro, existió un tercer relato, del que no me voy a ocupar aquí, hegemónico en momentos en los que el consenso se impuso a la polarización, en el que la nación mexicana se imaginó fruto de dos pueblos y dos civilizaciones. La unión “de los descendientes de



3. “Discurso leído en el gran teatro de Sana-Anna la noche del 15 de septiembre de 1854 por D. Francisco González Bocanegra, en celebridad del aniversario de la independencia”, *El Siglo XIX*, 16-9-1854.

4. “Discurso cívico pronunciado por el C. Lic. Ignacio Ramírez, el 16 de Setiembre [sic] de 1861, en la Alameda de México, en memoria de la proclamación de la independencia”, *El Monitor Republicano*, 17-9-1861.

5. Los discursos de la conmemoración de la independencia fueron uno de los principales escenarios de este debate sobre lo que México era. Obra de oradores oficiales nombrados para la ocasión en las principales ciudades del país, su contenido variaba en función del grupo que estuviese en el poder en cada momento, pero siempre con la característica de ser sintéticas y emotivas narraciones históricas cuyo protagonista era México. Representaron un papel decisivo en la construcción y difusión del relato de nación mexicano.

Guatimocín y Moctezuma” y “los nietos de aquellos cántabros y castellanos que plantaron en el Jeneralife de Granada el sagrado árbol de la Redención y de la Libertad”<sup>6</sup>.

El protagonismo de España y lo español es, tanto en el relato de nación conservador como en el liberal, central pero antitético: en el primero, la parte más íntima, aquello que la nación debe conservar para seguir siendo ella misma; en el segundo, la negación de su verdadero ser nacional, aquello de lo que debe liberarse para ser realmente México. Aunque esto último con matices, ni siquiera los liberales más radicales, a pesar de las explícitas llamadas de algunos de ellos a la “desespañolización”, –como tituló Ignacio Ramírez *el Nigromante* su respuesta a Emilio Castelar sobre la identidad española de los nuevos Estados-nación hispanoamericanos–, se atrevieron a proponer la vuelta a los idiomas y religiones prehispánicas, menos todavía, salvo contadas excepciones y en momentos muy puntuales, a reclamarse de raza indígena y no de raza española. Explicaría que un periódico como *El Siglo XIX*, durante mucho tiempo portavoz oficioso del liberalismo, defiende en una serie de editoriales publicados entre el 28 de junio y el 2 de julio de 1853 que se siga manteniendo la importación de libros españoles, “Mientras queramos conservar en México a la raza española, mientras no se intente la loca y criminal empresa de arrancarnos nuestro idioma, nuestras creencias [y] nuestras tradiciones”, y cita entre los que es necesario que sigan circulando en México el Diccionario de la Academia, la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra (“publicación grandiosa, monumental, indispensable para conocer lo que vale la literatura española”), la *Historia* de Mariana, las obras del padre Feijoo, de Santa Teresa, de Martínez de la Rosa, de Zorrilla, de Bretón de los Herreros, de Gil de Zárate,... México como parte de una comunidad cultural que era la misma a uno y otro lado del Atlántico.

68

A ese protagonismo de España y lo español hay que añadir el de los que yo he propuesto denominar “españoles mexicanos”<sup>7</sup>, que incluiría no sólo a los nacidos en España, pocos, sino también a los nacidos en México pero que seguían manteniendo algún tipo de vínculo con España y lo español distinto del que mantenían con otros Estados-nación, muchos. Un periódico como *El Pata de Cabra*, portavoz del liberalismo más radical, y como consecuencia más hispanófobo, incluye entre los que llama “mejicanos sin patria”, y a diferencia de lo que habitualmente hacen los periódicos liberales escribe mejicanos con j, forma subliminal de afirmar la condición de españoles de estos falsos mexicanos, al “agiotista, que encontrándose con un gobierno justo y recto no puede hacer negocios ruinosos para el erario” por lo que reniega de su nacionalidad mexicana y amenaza con irse a Madrid, “ni soy ni quiero ser mejicano y si no fuera por el estado de mis asuntos ya me habría ido a Madrid”; al “rico [...] marrullero, avaro, lleno de orgullo y tontera”, que considera que desde la independencia todo ha ido de mal y sueña con una nueva conquista, “¡Como no haya otro Cortés que nos conquiste y entremos de nuevo al orden!”; al “don Petaca que ni es rico ni le faltan ganas de serlo, pero que se da ínfulas de conservador. Lee día a día todos los periódicos conservadores que imprime la prensa mejicana” y clama por un “Barradas que triunfe”; y a “las mujeres que sueñan con España”, aunque a éstas no se las deba de tomar en consideración “porque las mujeres

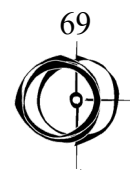
---

6. “Oración cívica que en la solemnidad del 16 de septiembre de 1865, pronunció el antiguo coronel de caballería, ex-ayudante general de los cinco ejércitos aliados de Centro América y ex-mayor general de la legión selecta, etc., D. G. Ramón de Portocarrero, en la ciudad de Guadalupe Hidalgo”, *El Pájaro Verde*, 21-9-1865.

7. Tomás PÉREZ VEJO, “La debatida nacionalidad de los españoles europeos en los nuevos Estados-nación americanos”, *Mélanges de la Casa de Velázquez*, 51-1, (2021), pp. 117-138, <https://doi.org/10.4000/mcv.14633>.

son unos seres cosmopolitas que sólo sirven para reproducir la especie”<sup>8</sup>. Son afirmaciones que, en el contexto de la intermitente guerra civil mexicana de las primeras décadas de vida independiente, tenían como objetivo la deslegitimación de los rivales ideológicos atribuyéndoles la condición de extranjeros, estrategia habitual en muchas de las guerras civiles de la modernidad, pero cuya utilización indica hasta qué punto la condición de español resultaba en gran parte difusa.

Españoles mexicanos, de nacionalidad española, mexicana o española en unos momentos y mexicana en otros<sup>9</sup>, tuvieron una activa participación en la vida política decimonónica mexicana, tanto en los conflictos de Estado como en los de nación; casi siempre, y en eso sí tenía razón *El Pata de Cabra*, del lado de los conservadores. No hubo pronunciamiento conservador en el XIX mexicano en el que no hubiera españoles implicados, o acusados de españoles –recuérdese que muchos de estos españoles mexicanos eran de nacionalidad mexicana. Hubo españoles en la asonada monarquista de Guanajuato de 1848, con el padre Jarauta, Celedonio Domeco de Jarauta, un exiliado carlista aragonés, con el prestigio que le daba el que sus guerrillas habían sido casi la única oposición encontrada por las tropas norteamericanas en su avance hacia la capital de mexicana el año anterior, como uno de sus líderes; en la asonada de Mazatlán de 1852, que proponía la restauración de las Bases Orgánicas y el establecimiento de la monarquía, en la que si hemos de creer a *El Siglo XIX*, no sólo el segundo comandante era un español, Francisco Echenique, sino que la primera y la tercera compañía eran todas de españoles. (por si quedaba alguna duda de que los españoles actuaban como españoles y no como mexicanos todos, según este mismo periódico, llevaban la divisa española y bordada la corona de España); en el plan de Arroyozarco de 1853, aunque en este caso el propio *El Siglo XIX* precisa que no se trata de españoles de España sino de “ciertos agiotistas, que cambian de nacionalidad según les conviene, que son unas veces mexicanos y otras españoles”<sup>10</sup>; en los enfrentamientos de la década de los cincuenta en la Tierra Caliente de Cuernavaca, (el 26 de febrero de 1855 la Comandancia de Cuernavaca informa al ministro de la guerra de que varios ciudadanos españoles y mexicanos –en la lista adjunta figuran 22 españoles y un solo mexicano– habían derrotado a 50 hombres en el rancho de los Hornos)<sup>11</sup>; en la rebelión de San Luis Potosí de 1856, contra el gobierno de Comonfort, que contó con la participación activa de los españoles de la ciudad, “el clero y muchos españoles toman parte con el mayor descaro en la sublevación”<sup>12</sup>; y así se podrían seguir enumerando casos y casos, incluidos los múltiples españoles que, a medio



8. Juan B. SÁNCHEZ, “Editorial. Colección de caricaturas. El mexicano sin patria”, *La Pata de Cabra*, 20-1-1857.

9. Es el caso de todos los establecidos en la Nueva España con anterioridad a 1821, a los que con la independencia se les obligó a elegir la nacionalidad mexicana para permanecer en el país, las leyes de expulsión de españoles de finales de la década de los veinte, hubieran sido expulsados o no, hicieron nuevamente españoles, y el *Tratado de Paz y Amistad* entre México y España de 1836, al margen de que hubieran permanecido en el país o hubiesen sido expulsados y vuelto a regresar, permitió elegir una u otra nacionalidad. Es decir, hubo españoles mexicanos que fueron, primero obligatoriamente mexicanos, después obligatoriamente españoles y, a partir de 1836, mexicanos o españoles.

10. “Influencia española”, *El Siglo XIX*, 10-2-1853.

11. En ese momento, la prensa habla de los bandidos del rancho de Hornos, pero años después los periódicos liberales se referirán a los derrotados como pronunciados contra Santa-Anna y acusará a los españoles de haberse involucrado en las luchas políticas internas. Es posible que fuesen ambas cosas a la vez, bandidos y pronunciados contra Santa-Anna; deslindar la actividad militar del bandidaje siempre ha resultado difícil, más en el convulso XIX mexicano.

12. “San Luis Potosí”, *El Siglo XIX*, 26-12-1856.

camino entre la guerra civil y el bandidaje, encabezaron gavillas conservadoras durante la Guerra de Reforma (José María Cobos, Lindoro Cajigas, Francisco Nuño, Ramón Suazo,...).

Tampoco hubo –a la vez causa y consecuencia– pronunciamiento o revuelta liberal que no incluyese en sus proclamas discursos, a veces también actos, de marcado carácter hispanóphobo, “el santo y seña [del partido liberal], su grito de reunión y de guerra, es siempre el de ¡mueran los gachupines!”<sup>13</sup>. La afirmación no es demasiado exagerada si consideramos que, desde el grito de Dolores, 1810, hasta el momento en que Gutiérrez Estrada escribe, 1862, raro fue el conflicto mexicano en que el grito de mueran los gachupines no fue utilizado como arma de movilización política. Hasta mucho más tarde en realidad, todavía a principios del siglo XX, será uno de los utilizados por los seguidores de Zapata en Morelos, en el contexto de una revolución, la de 1910, en la que la hispanofobia (ataques a españoles, circulación de proclamas y panfletos antigachupines, ...) tuvo todavía un importante papel.

La adscripción conservadora es lógica si consideramos que, dadas las características de la sociedad mexicana decimonónica, con los factores raciales como principales protagonistas de la estratificación social, los españoles desembarcados en Veracruz no se integraban, como suele ser habitual en los procesos migratorios, en la parte baja de la pirámide social, sino en la parte baja de la subpirámide blanca, justo por encima de la subpirámide indígena-mestiza: muy arriba en la pirámide general, y muy arriba quiere decir muy arriba, posiblemente teniendo por debajo más del 80% de la población. El fenómeno afectaba por igual a todos los europeos, pero en el caso de los españoles, además de por ser mucho más numerosos, se vio acentuado por la pervivencia de lazos migratorios de tipo familiar, que se remontaban al último siglo virreinal, con los recién llegados integrándose, en muchos casos por vía matrimonial, en los grupos familiares de vizcaínos y montañeses que habían controlado la vida económica de la Nueva España desde finales del siglo XVII y que siguieron conservando un importante peso socioeconómico en el primer México independiente.

Los españoles, lo mismo que los demás europeos, se incorporaban desde el momento de su desembarco en Veracruz a los grupos privilegiados y, como consecuencia, tendían a tomar partido por los conservadores. A diferencia de los demás europeos, sin embargo, se integraban más en la vida mexicana, entre otros motivos porque se casaban mayoritariamente con mexicanas –la emigración femenina española a México fue prácticamente despreciable durante todo el siglo XIX–, aunque generalmente de origen español, endogamia de segunda generación. Hubo, por ejemplo, una presencia relevante de españoles en profesiones tan sensibles como el ejército o el periodismo, y aunque la primera tendió a atenuarse a medida que fue avanzando el siglo, no ocurrió así con la segunda, en la que todavía, sólo como ejemplo, el director de *El Diario del Imperio*, publicado durante el gobierno de Maximiliano, fue el cántabro Anselmo de la Portilla.

Como en su informe a la nación de 1861 se preguntaba el presidente de la República, Benito Juárez, después de asumir que el número de españoles muertos en los conflictos civiles era superior al de los naturales de otros países, “¿no ha podido esto provenir de que el número de los residentes en la República es mayor que el de otra nacionalidad? ¿No ha podido esto provenir de que los españoles, más que ningunos otros

---

13. “Gutiérrez Estrada abogando por Maximiliano”, *El Cronista de México*, 9-6-1862.



extranjeros han tomado y toman parte en nuestras disensiones?”<sup>14</sup>. Eran preguntas claramente capciosas: la primera de manera obvia, porque si había más españoles que ingleses o franceses, lo razonable es que hubiese también más muertos de esta nacionalidad que de las otras; pero también la segunda, en realidad una denuncia de la continua participación de los españoles en la vida política del país, se sobreentiende, como ya se ha dicho, que del lado de los rivales políticos de Juárez (si hubiese sido del de los liberales, suponemos que habría tenido mucho menos que objetar).

La adscripción política conservadora estaba justificada, como ya también se ha dicho, por motivos étnico-socioeconómicos: los españoles mexicanos formaban parte de los grupos privilegiados de la sociedad y como consecuencia tendieron a apoyar proyectos políticos favorables a sus intereses. Sin embargo, también, aunque de forma menos evidente, se debió a las propias características del proyecto de nación conservador, articulado en torno a la idea una nación mexicana hija de la española y en la que, como consecuencia, los españoles ni siquiera eran en sentido estricto extranjeros, sino parte de México, o en todo caso menos extranjeros que los demás extranjeros. Justo lo contrario ocurría con el proyecto de nación liberal, en el que su papel era el del *otro* por excelencia, de los enemigos seculares de la nación mexicana, siempre buscando su pérdida y destrucción. No sin contradicciones, y así el liberal José María Lafragua, en el contexto del recrudecimiento de los conflictos con España por el problema de la llamada deuda española y los asesinatos de españoles de mediados de siglo (matanzas de San Vicente y Chiconcuac y mineral de San Dimas<sup>15</sup>), no tendrá ningún empacho en afirmar que los españoles “sin excepción, encuentran simpatías, apoyo y protección en todas las clases [...] no son mexicanos, pero tampoco son considerados como extraños; de manera que se

14. “El Presidente Constitucional de la República a la nación”, 1-12-1861. Fue reproducido al día siguiente en casi todos los periódicos de la capital.

15. La conocida como matanza de San Vicente y Chiconcuac, en la que fueron asesinados cinco españoles, tuvo lugar en dos haciendas de la Tierra Caliente de Cuernavaca el 19 de diciembre de 1856. Parte de los violentos conflictos entre liberales y conservadores en esta región del sur de la ciudad de México, políticos, pero también étnicos y socioeconómicos, ha sido ampliamente descrita y estudiada. A los relatos escritos inmediatamente después de producidos los hechos (*Reseña histórica y explicativa de los últimos sucesos de México*, París, Imprenta D’Aubusson et Kugelman, 1857; Luis María AGUILAR MEDINA, *Defensa leída, el 5 de agosto de 1858, en los estrados de la Excma. Tercera Sala de la Suprema Corte de Justicia*, México, Manuel Castro, 1858; ...), hay que añadir la amplia historiografía que, desde diferentes perspectivas, se ha ocupado del tema en las últimas décadas (Romana FALCÓN, “Descontento campesino e hispanofobia. La tierra caliente a mediados del siglo XIX”, *Historia Mexicana*, vol. XLIV, n. 3, (1995), pp. 461-498; ídem, *Las rasgaduras de la descolonización. Españoles y mexicanos a mediados del siglo XIX*, México, El Colegio de México, 1996; Tomás PÉREZ VEJO, “Hispanofobia y antigachupinismo en la tierra caliente de Morelos: las claves de un conflicto”, en Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS, Tomás PÉREZ VEJO y Marco Antonio LANDAZAVO (coords.), *Imágenes e imaginarios sobre España en México*, México, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo y Editorial Porrúa, 2007, pp. 99-142; Tomás PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano, 1836-1867. Aportaciones para una historia de la nación*, México, El Colegio de México-Instituto Nacional de Antropología e Historia, 2008; ídem, “La matanza de San Vicente. Conflictos económicos, étnicos, sociales y políticos en la tierra caliente de Morelos”, en Ernest SÁNCHEZ SANTIRÓ (coord.), *De la crisis del orden colonial al liberalismo, 1760-1860*, en Horacio CRESPO (dir.), *Historia de Morelos. Tierra, gente, tiempos del Sur*, Cuernavaca, H. Congreso del Estado de Morelos, 2010, tomo 5, pp. 437-472; Antonia PI-SUNER LLORENS y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS, *Una historia de encuentros y desencuentros. México y España en el siglo XIX*, México, Secretaría de Relaciones Exteriores, 2001; Salvador RUEDA SMITHERS, “Entre política y delito. Los crímenes de San Vicente y Chiconcuac en diciembre de 1856”, en Delia SALAZAR ANAYA (coord.), *Xenofobia y xenofilia en la historia de México siglos XIX y XX*, México, Secretaría de Gobernación, 2006, pp. 53-83). Menor eco público, e historiográfico, tuvo el asesinato de tres españoles en el mineral de San Dimas, Durango, en ese mismo año de 1856.



les llama españoles y no extranjeros”, debido tanto de sus características nacionales, “la identidad del idioma y las costumbres”, como a su integración en la vida del país, “por la naturaleza misma de los giros a que se dedican, que generalmente son el comercio de pulpería y el servicio de las haciendas [...] los españoles se encuentran en más íntimo contacto con el pueblo que los demás extranjeros que residen en México”<sup>16</sup>.

Nada era, por lo demás, muy diferente de lo que, en el otro lado del Atlántico y dentro del mismo contexto de los conflictos por los atentados contra españoles en México, responderá el ministro de Estado español, Saturnino Calderón Collantes, al expulsado por Juárez embajador español en Méjico Joaquín Francisco Pacheco, “si hay 8.000 españoles, 1.500 ingleses y 500 franceses; si los españoles, por identidad de costumbres y de ideas, se mezclan muchas veces [...] en las cuestiones interiores, ¿por qué ha de extrañar que en algunos casos haya más atentados contra los súbditos españoles que contra los de otras potencias?”<sup>17</sup>.

Más ambiguo frente a uno y otro proyecto de nación y de Estado fue el papel de Francia y lo francés, y dada su menor presencia carece de sentido hablar de los franceses, ya que su imagen nunca fue tan definida como la de los españoles. Eran menos y de manera general se involucraron también menos en la vida política, por lo que las filias y fobias respecto a ellos fueron menores. Sólo como ejemplo, en la ya citada matanza de españoles de la hacienda de San Vicente y Chiconcuac el maquinista de la hacienda se salvó por ser francés y otro de los empleados evitó en el último momento ser asesinado porque gritó que era vasco-francés y no vasco-español:

el maquinista francés dijo que no era español, e inmediatamente lo mandaron desatar y separar. D. José María Laburu dijo que él no era español, sino vasco-francés, y no obstante siguió unido con los otros españoles. Se les hizo una descarga de la que quedaron herido D. Nicolás Bermejillo y D. Ignacio Tijera, privado D. León Aguirre, y herido también Don José María Laburu, quien asiéndose de las riendas del caballo del que parecía cabecilla, repitió que no era español sino vasco-francés. El cabecilla le pidió sus documentos. Laburu dijo que no los tenía consigo, y el cabecilla dándose por satisfecho, lo mandó desatar”<sup>18</sup>.

Volviendo al lugar de Francia y lo francés en el proceso de construcción nacional mexicano, por una parte, tanto para liberales como para conservadores, Francia representaba la negación de España, el país de la revolución frente al país de la Inquisición; por otra, sin embargo, era parte del mismo grupo étnico-cultural, el de las razas latinas, enemigas de las anglosajonas, con los Estados Unidos como tercer elemento en discordia y del que por motivos de espacio no me voy a ocupar aquí.

El resultado fue una oposición básica entre conservadores hispanófilos y liberales hispanófobos, con un mucho más ambiguo posicionamiento frente a Francia y lo francés, mediatizado por la imagen de Francia como el país de la Revolución<sup>19</sup>, y como

16. José María LAFRAGUA, *Memorándum de los negocios pendientes entre México y España*, Poissy, Tipografía d'Arbieu, 1857, p. 28.

17. El debate entre el ministro y el ex-embajador fue reproducido íntegro por el periódico mexicano *El Cronista de México* (“Discurso pronunciado en las cortes española por el Sr. D. Joaquín Francisco Pacheco, ex-embajador de España en México”, *El Cronista de México*, 8-2-1862).

18. Francisco ZARCO, “Relaciones con España. Los asesinatos de la Hacienda de San Vicente”, *El Siglo XIX*, 1-3-1857.

19. Solange ALBERRO, Alicia HERNÁNDEZ CHAVEZ y Elías TRABULSE (coords.), *La Revolución Francesa en México*, México, El Colegio de México/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, 1993, y



consecuencia país modelo para los liberales; pero también, sin solución de continuidad, la nación católica, cabeza de las naciones latinas, cuyo magisterio reclamaban tanto liberales como conservadores. Aunque la francofilia fue en principio más liberal que conservadora, tampoco se puede afirmar que estos últimos fueran exactamente francófilos. La lista de los autores franceses publicados en México en las décadas centrales del siglo XIX tiene un claro sesgo conservador o liberal moderado (Chateaubriand, Josep de Maistre, Lamartine, Guizot,...), lo mismo que la de los españoles (Alcalá Galiano, Balmes, Canga Argüelles, Donoso Cortés,...).

Más relevante resulta el hecho de que a partir de la década de 1830 y hasta la derrota de Maximiliano la publicación de libros de autores franceses supere en México la de autores españoles, muestra de que posiblemente en esas décadas de mediados de siglo Francia estuviese ya desplazando a España como madre intelectual, que es lo que medio siglo más tarde afirmaría el periódico porfirista. Con matices, pues en el caso de los autores españoles a los textos publicados en México habría que añadir los importados directamente desde España, mucho más numerosos por motivos de idioma que los importados de Francia, aunque también las traducciones de autores franceses importadas desde España. En conjunto, comparten una especie de primer puesto, seguidos por los italianos, significativamente otra nación latina, por delante de británicos y alemanes<sup>20</sup>. Esto nos lleva al problema de las razas, de su papel en la forma como entendieron el mundo las sociedades decimonónicas y de su uso en los procesos de construcción nacional decimonónicos en general y del mexicano en particular.

### La idea de raza en la cultura decimonónica

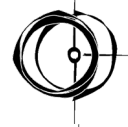
A pesar de la ambigüedad e imprecisión de las definiciones raciales en la cultura decimonónica, se fueron sedimentando tres ideas complementarias: la existencia de cuatro grandes grupos raciales (blancos, amarillos, negros y cobrizos), la subdivisión de estos grupos en grandes familias o subrazas (latina, germánica, eslava, etc.) y la subdivisión de estas en razas nacionales (española, anglosajona, etc.). Las divisiones se basaban en rasgos físicos (color de la piel, tipo de cráneo, etc.), pero también psicológicos y culturales. La raza se presenta como una acumulación de rasgos fisiológicos, intelectuales y morales, a medio camino entre la biología y la cultura y, al menos hasta entrado el último cuarto del siglo XIX y la difusión del darwinismo spenceriano, más cercano al concepto de civilización que al de raza propiamente dicha.

Las élites decimonónicas mexicanas, dentro de estos parámetros conceptuales, imaginaron México como una nación de raza blanca, latina y española; las conservadoras, pero también las liberales. El relato de nación de estas últimas, el único que podía plantear dudas, es prehispánico, no indigenista. La exaltación del pasado prehispánico liberal no va acompañada, de manera general, de la reivindicación de la raza indígena como la raza nacional de México, que para la mayoría de los liberales es también la blanca, latina y, a pesar de la explícita hispanofobia de su relato de nación, española. Es lo que afirma, en una polémica con el conservador *El Universal*, el portavoz oficioso de los liberales *El Siglo XIX*:

---

Andrés LIRA, "La recepción de la Revolución francesa en México, 1821-1848, José María LUIS MORA y Lucas ALAMÁN", *Relaciones*, X-40 (1989), pp. 5-27.

20. Brian CONNAUGHTON, "Voces europeas en la temprana labor editorial mexicana, 1820-1960", *Historia Mexicana*, LV-3 (2006), pp. 895-946.



se había figurado [*El Universal*] que éramos apaches, comanches o lipanes, y ha tenido que leer y volver a leer nuestros apellidos, y que ver y volver a ver el color de nuestros rostros para convencerse de que somos de raza latina [...] sepa este periódico que raza española fue la que hizo la independencia de México, y raza española es la que la ha de sostener [...] un valor indómito es el carácter de la raza española a la que pertenecemos<sup>21</sup>.

La identificación de la raza española como la raza nacional de México tenía el problema de una población indígena, que a pesar de la incapacidad para verla de políticos e intelectuales<sup>22</sup>, era mayoritaria. No obstante, tanto liberales como conservadores estaban convencidos –es posible que en realidad más los primeros que los segundos– de que la raza indígena se encontraba en tal estado de degradación que –afirmación de *El Monitor Republicano*, el otro de los grandes periódicos liberales mexicanos de mediados del XIX–, sólo cabían dos soluciones: “o exterminarla, o civilizarla y mezclarla con otras”. Desechada la primera de las opciones por bárbara y criminal, sólo quedaba la segunda, atraer a México “el mayor número posible de población europea, para que mezclándose con ésta la indígena, venga a formar un todo con ella”<sup>23</sup>.

Las llamadas a lo que podríamos denominar un *genocidio blando* son explícitas y continuas en la prensa liberal de mediados de siglo; menos en la conservadora, aparentemente no tan obsesionada por la raza como problema biológico. A principios de 1854, el ya citado *El Siglo XIX* incluyó en sus páginas el discurso pronunciado en la Sociedad de Geografía y Estadística por el ingeniero Carlos de Gager, 23 de febrero de 1854, reproducido íntegro y sin ningún tipo de comentarios, lo que hace suponer un cierto acuerdo con lo que se dice en él. Es uno de los más virulentamente racistas de todo el diecinueve mexicano, y hubo muchos, con afirmaciones como la de que la raza india, “con su frente deprimida, su cráneo pequeño con la parte posterior aplanada, su boca grande, sus labios sumidos [...] su falta absoluta de energía, que no tiene sino virtudes pasivas”, estaba condenada a desaparecer: “la sombra de la muerte cubre ya sus fisonomías”. De la negra perspectiva, además, sólo cabía alegrarse: cada nueva victoria de la raza blanca era una victoria “de la civilización, del progreso y de la verdadera humanidad”<sup>24</sup>.

No era nada demasiado diferente de lo que *El Monitor Republicano*, como ya se dijo el otro gran periódico liberal, había afirmado unos pocos años antes, “Todas las personas sensatas convienen en la necesidad que hay de que desaparezca la raza indígena, numerosísima en nuestro país y la más atrasada por desgracia en la carrera de la civilización”. El único disenso giraba, como ya también se dijo, en torno a cómo se debía

21. “La ambición disfrazada de honor nacional”, *El Siglo XIX*, 11-5-1845.

22. Hay que esperar hasta 1864 y a la publicación de la memoria sobre la raza indígena de Francisco PIMENTEL (*Memoria sobre las causas que han originado la situación actual de la raza indígena de México, y medios de remediarla*, México, Imp. de Andrade y Escalante, 1864) para encontrarnos con un problema, el de qué hacer con la población indígena, ignorado hasta ese momento o al menos al margen de los grandes debates político-intelectuales, y que acabaría convertido en eje del pensamiento sociopolítico mexicano. Véanse Tomás PÉREZ VEJO, “Raza y construcción nacional. México, 1810-1910”, en ídem y Pablo YANKELÉVICH (coords.), *Raza y política en Hispanoamérica*, Ciudad de México, Bonilla Artigas/El Colegio de México, 2017, pp. 61-98; e ídem “Extranjeros interiores y exteriores: la raza en la construcción nacional mexicana”, en Pablo YANKELÉVICH (coord.), *Inmigración y racismo. Contribuciones a la historia de los extranjeros en México*, México, El Colegio de México, 2015, pp. 89-124.

23. “Indios sublevados”, *El Monitor Republicano*, 23-11-1848.

24. “Interior. Discurso pronunciado por el Sr. Barón D. Carlos de Gager, capitán de ingenieros, al presentarse por primera vez ante la Sociedad de Geografía y estadística, como socio honorario de ella, en junta de 23 de febrero de 1854”, *El Siglo XIX*, 3-4-1854.

de llevar a cabo esta desaparición, haciendo “que se pierda esa raza civilizándola y mezclándola con las demás”, propuesta de *El Monitor*, o recurriendo “a la violencia, a las armas”, como estaban haciendo los Estados Unidos. Esta última opción, a pesar de la fascinación del liberalismo mexicano por los modelos políticos de la república del norte, fue rechazada por “eminentemente inmoral o inhumano e indigno de un pueblo que profesa la libertad y el cristianismo”<sup>25</sup>.

El Estado debía contribuir a una desaparición inevitable, y en esto coincidían liberales y conservadores, incentivando la inmigración europea. El blanqueamiento aparecía como política de Estado, única solución a los problemas de la mala calidad étnica general de la población; “considero la inmigración europea como el único medio de salvar el país”, afirmaría Francisco Pimentel en el informe presentado a la Junta de Colonización el 2 de agosto de 1865<sup>26</sup>. Diferían, sin embargo, sobre quiénes eran mejores entre los europeos, divididos también en diferentes razas nacionales.

Los liberales consideraban deseables a cualesquiera europeos, salvo a los españoles, y no sólo por miembros de una raza atrasada —“los ilotas de Europa”—<sup>27</sup>, sino porque conservaban “demasiado los recuerdos de otras épocas, y se creen infundadamente superiores a los mexicanos”<sup>28</sup>. Eran una especie de parásitos sociales, dedicados mayoritariamente al comercio: “¿Qué bienes hemos recibidos de los españoles residentes en México? ¿Nos han traído alguna industria como los demás extranjeros? Sí, la rara industria de tenderos ordinarios sin educación”, cuya única aportación al progreso del país era la explotación de los mexicanos. “¿Y esos millones de dónde los han traído? Los han sacado del monopolio, del expendio de semillas y licores del país, del agiotaje, casas de empeño, administración de haciendas”. También de explotar a las mexicanas: las alusiones a la preferencia matrimonial por los nacidos en la Península Ibérica son, junto con la profesión de abarrotero, un ingrediente imprescindible de la publicística antigachupina, casi un género literario en el México del siglo XIX, siempre con los españoles aprovechándose de ellas y utilizándolas en su provecho. El origen de la riqueza de los españoles, según los periódicos y panfletos liberales, no estaría sólo, a veces parece que ni siquiera principalmente, en sus oscuros negocios, sino en el “enlace con ricas e imbéciles ancianas, que indignas del nombre de mexicanas, se han casado con españoles miserables, sin educación ni principios [...], viudas insensatas que tienen orgullo en ser esclavas de un tosco español”<sup>29</sup>.

Los conservadores, por el contrario, consideraban que sólo los católicos, preferiblemente españoles, contribuirían al fortalecimiento de la raza nacional mexicana. El periódico *El Correo*, en una serie de editoriales publicados a principio de la década de 1850, incluye entre los inmigrantes deseables a los franceses, que “tienen además de un carácter análogo al nuestro, un talento, una vivacidad y un amor al trabajo que los hace desarrollar con prontitud admirable la civilización de su país”; a los belgas, “casi tan civilizados como los anteriores y unos de los mejores agricultores que se conocen”; a los irlandeses “que en el Sur de la Unión Americana han resuelto la cuestión de si un blanco

25. “Indígenas”, *El Monitor Republicano*, 4-6-1849.

26. “Junta de colonización”, *La Nación*, 23-6-1865.

27. “Editorial. Las luces en las tinieblas” *El Monitor Republicano*, 23-5-1856.

28. “Editorial. La cuestión española”, *El Monitor Republicano*, 4-11-1861.

29. “Editorial. Clérigos constitucionales reformistas”, *El Monitor Republicano*, 16-11-1861.



puede labrar la tierra como un negro bajo el peso del sol en ese clima infernal”<sup>30</sup>, y, sobre todo, a los españoles:

Indudablemente preferiríamos siempre la raza española a cualquiera otra, por más de un motivo [...]. Hombres que tienen nuestro mismo idioma, nuestras costumbres, nuestras creencias; hombres que son y serán siempre nuestros hermanos, nuestra propia familia; hombres de cuya estirpe descendemos; claro es que serían los más a propósito para habitar entre nosotros, para interesarse en nuestra prosperidad, para adunarse a nuestra existencia: los españoles fueron nuestros progenitores, y tres siglos de unión, de vínculos de sangre, de arraigo, de afectos, de intereses mutuos, no pueden borrarse de un golpe [...] nosotros siempre tendremos simpatías y preferencias por la raza española; el español jamás podrá ser considerado extranjero entre nosotros, aunque la ley lo tenga como tal: los descendientes de nuestros abuelos, siempre serán de la familia de nuestros nietos, aunque nuestras esposas y sus hijas hayan venido de otras ramas, o formen troncos distintos... el español no podrá ser ministro; pero será nuestro hermano, nuestro hijo; la constitución le segregará; pero las familias le recibirán, y aunque le llamemos extranjero, nosotros los hijos de los españoles, siempre nos envaneceremos de ser de su raza [...]. Verdaderamente ninguna otra población fuera mejor [...] para colonizar entre nosotros, para continuar esa cadena cuyo primer eslabón fue Cortés y cuya última argolla no verá vuestra generación, ni los hijos de nuestros nietos<sup>31</sup>.

La escala de deseabilidad es ya la misma que está detrás de la afirmación de Francia la madre intelectual y España la madre por la sangre con la que se iniciaba este artículo. Al margen de los belgas, una especie de franceses de segunda, y de los irlandeses, cuya principal virtud, además de su condición de católicos, parece ser su capacidad para trabajar como negros<sup>32</sup>, los dos grupos nacionales más deseables son los franceses, por su civilización, y los españoles, porque son de nuestra misma sangre.

76

Aunque había prevenciones con respecto a los franceses, como refleja muy bien un artículo publicado en 1861 en un periódico de provincias, *El Eco del Pacífico*, pero que fue reproducido después en varios periódicos conservadores, incluido *El Pájaro Verde* de la capital de la República, en el que se acusa a los franceses de que “no sirven para colonizar; no salen de las ciudades; con sus polvitos y agüitas absorben los recursos del país, y se vuelven a Francia echando pestes del pueblo que les ha proporcionado una fortuna”<sup>33</sup>. En el fondo, posiblemente, sólo lata el rechazo a la simpatía que por ellos muestra el liberalismo decimonónico para el que, si los españoles eran genéticamente conservadores, los franceses eran también, más allá de sus posturas ideológicas concretas, genéticamente liberales.

---

30. “Editorial. Emigración europea”, *El Correo*, 22-11-1852.

31. “Editorial. A ciertos adversarios”, *El Correo*, 30-12-1851.

32. El caso de los irlandeses resulta, sin embargo, mucho más complejo de lo que *El Correo* pretende. A su condición de católicos unían la de enemigos de la raza anglosajona, por lo que desde muy pronto fueron considerados por los conservadores, pero también por los liberales, los inmigrantes ideales para poblar la frontera norte del país, que se supone defenderían del expansionismo norteamericano (anglosajón). El mito de los irlandeses como inmigrantes ideales se vio fortalecido cuando, durante la intervención norteamericana, un grupo de soldados católicos, irlandeses en su mayoría pero que incluía también algunos alemanes, desertaron del ejército norteamericano para unirse al mexicano, lo que dio origen al llamado *Batallón de San Patricio*. Es posible que sólo una muestra de la pervivencia de las identidades religiosas y las dificultades de su sustitución por las nacionales, los irlandeses católicos debieron de sentirse más cercanos a los católicos mexicanos que a un ejército norteamericano mayoritariamente protestante. La voluntad de atraer inmigrantes irlandeses se quedó, sin embargo, en sólo retórica: los irlandeses representaron siempre una parte ínfima de la emigración europea a México.

33. “Inmigración”, *El Pájaro Verde*, 28-5-1861.

## La intervención tripartita y los cambios en la valoración de España y Francia

Esta situación de partida sufrió un aparentemente profundo cambio con la intervención anglo-hispano-francesa de 1861-1862, episodio central en la forma como España y Francia fueron vistas desde México, pero más efímero y coyuntural de lo que en un primer momento habría cabido suponer. Recuérdese que no estamos hablando de un problema de relaciones internacionales, sino de la construcción de México como nación, y esos procesos tienen siempre lugar en la larga duración histórica y con corrientes de fondo que persisten en el tiempo al margen de las coyunturas históricas concretas. Es a él al que quiero dedicar el resto de este artículo y también, aunque de manera mucho más breve, a su escasa repercusión posterior.

La primera reacción de los medios de opinión liberales a la intervención fue negar la identidad de raza entre españoles y mexicanos. Apenas se tuvo noticia del desembarco español en Veracruz *El Monitor Republicano* publicó un editorial afirmando que la raza mexicana era la indígena y la española sólo una raza extranjera a la que todo mexicano debía de odiar y rechazar: “los que esto escriben, ni pueden, ni deben, ni quieren disimular la aversión que le tienen a España. La masa de su sangre es mexicana, y por tradición y por convencimiento odian a los asesinos de sus padres”<sup>34</sup>. Era la versión más hispanófoba del relato de nación liberal, con España como el enemigo de México, el otro ajeno y extraño.

Esto explica que, de manera general, estos periódicos muestren una particular animadversión contra España, superior a la que expresan respecto a las otras dos naciones participantes en la intervención, se supone que en los tres casos debida a los mismos motivos económicos: el pago de la deuda que el Gobierno de Benito Juárez había suspendido. *El Monitor Republicano*, sin embargo, en una serie de editoriales publicados a finales de 1861 insistirá en la idea de que el conflicto con España era distinto del que se tenía con Francia y con Inglaterra, y de mucha más difícil solución: “no será difícil venir al fin a un arreglo con Francia y con Inglaterra, que no tienen en la cuestión las bastardas miras que la España”. La guerra con este último país, a diferencia de lo que ocurría con los otros dos, era inevitable y hasta deseable “al sólo anuncio de la guerra con España, México se levanta como un solo hombre, en cuyo corazón no se borran los recuerdos de tres siglos de infortunio”<sup>35</sup>.

El problema con España no era el de la deuda, sino el de los tres siglos de infortunio, una deuda histórica por definición imposible de saldar. Los conflictos con Francia e Inglaterra eran de los “que pueden arreglarse con razones y guarismos”; los que se tenían con España no, “son de tal naturaleza que exigen otra clase de sacrificios que los monetarios”. Al recuerdo de la explotación colonial se sumaban el apoyo continuo de España a los conservadores, “la complicidad de España con todos los movimientos políticos, promovidos y llevados a cabo por la reacción”<sup>36</sup>, y las iniquidades de todo tipo cometidas por los españoles que aún vivían dispersos por el territorio de la República, odiados “por su traición, por sus explotaciones inicuas, por las cuestiones de vales en el Sur, por sus rescates de algodón en la costa, sus préstamos y abominaciones en todas

34. “Editorial. Indignación”, *El Monitor Republicano*, 6-1-1862.

35. “Editorial. Intervención extranjera”, *El Monitor Republicano*, 14-11-1861.

36. “Editorial. Intervención extranjera”, *El Monitor Republicano*, 23-11-1861.





partes”<sup>37</sup>. Además, estaba su voluntad de restablecer la Monarquía en México y la idea, siempre subyacente, de que en realidad lo que España buscaba era la reconquista de México y el restablecimiento del régimen colonial, un fantasma, el de la segunda conquista o segunda muerte de México, alimentado por las continuas alusiones de la prensa liberal a que se trataba del enfrentamiento entre los descendientes de Cortés y los de Moctezuma: “Mexicanos que os honráis de descender de Moctezuma [...] tened presente que esa misma raza que acompañó al selvático y brutal Cortés a despojar a nuestros progenitores [...] esa misma trata de sojuzgarnos”<sup>38</sup>, y de que la guerra era continuación de la iniciada por Hidalgo en 1810: “nosotros que tenemos en nuestra sangre la sangre de Matamoros, la del vencedor de los tercios españoles en San Agustín del Palmar”<sup>39</sup>.

La opinión de que el caso de España era distinto que el de las otras potencias implicadas en la intervención no fue sólo de la prensa. Una carta de en torno a esas mismas fechas, 1 de noviembre de 1861, del presidente de la República, Benito Juárez, al gobernador del Estado de Querétaro, José María Arteaga, utiliza los mismos argumentos: con “Inglaterra y Francia puede haber un arreglo que modere sus exigencias, que son puramente pecuniarias, no sucede lo mismo con España, cuya mira [...] es intervenir en nuestros negocios políticos”. El problema con España era cualitativamente distinto, tanto que, aunque “tener que sostener la guerra con una nación extranjera” era siempre un mal, “el grado de este mal disminuye, siendo la España la que nos ataque [...] porque la lucha que nos provoca servirá para unir estrechamente al partido liberal y para extirpar de una vez por todas los abusos del sistema colonial”<sup>40</sup>. La guerra contra España era también, es posible que sobre todo, una guerra contra el pasado de México, la oportunidad de zanjarse de manera definitiva la todavía pendiente revolución liberal y la ruptura con el pasado español, reprochable no tanto por lo que tenía de español, sino por lo que tenía de mexicano.

Esta especial animadversión se mantendrá después de la llegada de las tropas a territorio mexicano, con frecuentes comparaciones entre el comportamiento caballeresco de los demás soldados de la coalición, especialmente de los franceses (“confraternizan con los mexicanos de los puntos avanzados”), frente al rufianesco de los españoles (“los españoles demuestran poco a poco su carácter natural [...]. Los oficiales apalean y abofetean a los soldados”)<sup>41</sup>, y la actitud prepotente de los españoles: “Gasset [jefe del cuerpo expedicionario español en el momento del desembarco] aparecía con el ejército español, como invasor hostil, como un verdadero pirata, que no tenía en cuenta ni la existencia del gobierno, ni la independencia de esta nación”, frente a la mucho más civilizada y respetuosa de franceses e ingleses: “al llegar las escuadras de la Francia y de la Inglaterra la cosa cambió de aspecto. Su primer acto es enarbolar en el palacio del

---

37. *La Chinaca*, 16-6-1862. Esto se escribe sorprendentemente después de producida la retirada de Prim, que como se verá a continuación, tuvo como consecuencia un radical replanteamiento de los discursos sobre España, lo español y los españoles.

38. “Editorial. Clérigos constitucionales reformistas”, *El Monitor Republicano*, 16-11-1861.

39. Juan GARCÍA BRITO, “Editorial. Esperanzas”, *El Monitor Republicano*, 12-12-1861.

40. Reproducida en *La Idea Progresista*, 5-11-1861.

41. *El Monitor Republicano*, 22-1-1862.

gobierno, el pabellón mexicano, saludándolo como al de una nación amiga, y reconociendo así la autonomía de la República”<sup>42</sup>.

Se expresaba la tradicional hispanofobia liberal, teñida frecuentemente de anglofilia y, para lo que aquí nos interesa, de francofilia, a la que respondió la no menos tradicional hispanofilia de los conservadores, carente de manera general de cualquier coloración francofóbica. El enemigo era la raza anglosajona, no la francesa, interesada lo mismo que la española en la salvación de una raza hermana. El dilema, como refleja de forma particularmente clara un dramático editorial de *El Diario de Avisos* de antes de que la intervención tuviese lugar, no era intervención/no intervención, sino intervención europea para regenerar el país o protectorado de Estados Unidos y la anexión de parte o la totalidad del país: “la nacionalidad de México se perderá muy pronto si no la salva una intervención europea”. No se trataba de un conflicto ideológico, reacción/progreso, sino identitario, raza latina/raza anglosajona, con la derrotada condenada a desaparecer, un conflicto en el que tanto Inglaterra como, sobre todo, Francia y España estaban obligadas a participar, por intereses geoestratégicos la primera, por “simpatías de raza y religión” la segunda y por “salvar pueblos que tienen su mismo origen” la tercera. En una especie de crescendo, los motivos de España no tenían ya que ver con México, sino con la supervivencia de su propia civilización: “de los templos que ella levantó al catolicismo [...] de las ciudades que ella fundó y [de] la raza que las habita, en que se hallan todavía descendientes de sus gloriosos conquistadores”<sup>43</sup>.

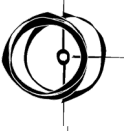
Hay, desde la perspectiva del periódico conservador, una diferencia cualitativa entre los intereses de Inglaterra, sólo geoestratégicos, y los de Francia y España, que iban más allá de un asunto de relaciones entre Estados. Los de Francia derivaban de su condición de nación latina, y fue en torno a estas fechas cuando los términos raza latina y/o naciones latinas empezaron a ser utilizados en el discurso público mexicano hasta acabar desplazando los anteriormente habituales de raza española y/o naciones hispanoamericanas. En los de España, lo que estaba en juego era supervivencia de naciones que, como había afirmado Lucas Alamán, eran ramas del mismo tronco, el hispanoamericanismo o panhispanismo, entendido como una especie de nacionalismo étnico-cultural de carácter supranacional, que nunca ha sido unidireccional, de España hacia América, sino que ha circulado siempre en ambos sentidos, de España hacia América y de América hacia España.

Los tratados de la Soledad y las posteriores negociaciones de Prim con el Gobierno de Juárez, que llevarían a la retirada de los cuerpos expedicionarios inglés y español, produjeron, como siempre que en México España y/o los españoles se ubican del lado de los liberales/izquierdas y no de los conservadores/derechas (ocurrió lo mismo con la llegada de los exiliados republicanos después de la Guerra Civil española), un auténtico cataclismo en los posicionamientos de liberales y conservadores frente a una y otros. Fueron ahora los periódicos liberales los que hablaron de la España liberal y democrática, hermana de las naciones hispanoamericanas, y los conservadores quienes lo hicieron de unos españoles que de hermanos de sangre pasaron a convertirse en ajenos y extraños.

El desconcierto de la prensa conservadora fue absoluto, para ella sólo las conocidas ideas ultraliberales de Prim podían explicar que España hubiese abdicado de su función de protectora de la raza española en América, “merced al conde de Reus ambas

42. Francisco ZARCO, “La proclama de los comisionados de las potencias aliadas”, *El Siglo XI*, 10-1-1862.

43. “Algunas indicaciones acerca de la intervención europea en México”, *Diario de Avisos*, 10-3-1859.



nacionalidades [...] tienen que caminar ya en completo aislamiento, sin comunidad de destinos y de los grandes intereses que representaban en la marcha de la humanidad”. La funesta actuación del jefe expedicionario español obligaba a ambas naciones a “caminar ya en completo aislamiento, sin comunidad de destinos y de los grandes intereses que representaban en la marcha de la humanidad”, condenados “los que antes éramos hermanos” a vernos “con la indiferencia de extraños, sin otros vínculos que los que pueda establecer el simple interés”<sup>44</sup>.

La traición de Prim era tanto a México como a la propia España. Explica la fruición con que la prensa conservadora reprodujo parte del folleto del teniente coronel español José Agustín Argüelles<sup>45</sup> en el que narraba su viaje como acompañante del enviado de Prim ante Juárez, el brigadier Lorenzo Milans del Bosch, y las conversaciones de éste con los militares juaristas que se iban encontrando en el camino. Si hemos de creer a Argüelles, un convencido absolutista, el enviado español confraternizó desde el primer momento con los juaristas, les instó a defenderse de los invasores, asegurándoles que un pueblo que luchaba por su libertad acababa siempre por triunfar, llamó bandidos a los jefes reaccionarios, echó la culpa de los males de México a los españoles que vivían en el país y afirmó que España, lo mismo que Juárez, no quería retrógrados ni frailes. Nada se podía esperar de una España que se expresaba en estos términos. No era esta la España que durante medio siglo los conservadores mexicanos habían añorado y deseado.

80

Son ahora los periódicos liberales quienes hablan de “la conducta leal, digna y caballerosa del Sr. Conde de Reus”, de la favorable impresión que la actuación de los españoles ha causado “en la opinión pública, y aún en la de aquellos que abrigaban hondos resentimientos contra nuestra antigua metrópoli” y del interés de España en “mantener buenas y cordiales relaciones con los pueblos de su raza, que pueblan el Nuevo-Mundo [...] las Repúblicas que fueron sus colonias y heredaron su civilización”<sup>46</sup>. Más parece que estuviésemos leyendo a alguno de los más conspicuos órganos periodísticos conservadores y no a uno de los símbolos de la prensa liberal mexicana, y bajo la firma de Francisco Zarco, uno de los líderes intelectuales de la generación de la Reforma.

El cambio de postura no se dio sólo con respecto a España, sino también, pero en sentido contrario, respecto a Francia. Unos pocos días antes, el mismo Francisco Zarco y en el mismo *El Siglo XIX*, mostraba su perplejidad ante el hecho de que “en el fango de nuestras disensiones civiles”, el pabellón francés “la bandera de la libertad y de la civilización en el mundo entero”, se hubiese convertido en la del absolutismo y la de la barbarie”<sup>47</sup>. Era algo casi imposible de imaginar para una generación, la de los liberales de la Reforma, que había hecho su educación literaria y político-ideológica en libros franceses, que consideraban las glorias revolucionarias francesas como parte de su propia historia y que abominaban de todo lo español. Ellos, para quienes francés/liberal y español/reaccionario eran pares inseparables, tuvieron que asistir, estupefactos, al apoyo de Francia al partido de la reacción, mientras que la retrograda España mantenía una actitud de respeto y simpatía hacia los liberales y la nación mexicana.

---

44. Gregorio M. de SALAS, “El conde de Reus”, *El Pájaro Verde*, 4-8-1863.

45. José Agustín ARGÜELLES, *Breves apuntes sobre la historia de la intervención en México*, La Habana, Imp. del Gobierno, 1863.

46. Francisco ZARCO, “La cuestión extranjera”, *El Siglo XIX*, 27-4-1862.

47. Francisco ZARCO, “La cuestión extranjera”, *El Siglo XIX*, 20-4-1862.

## La ubicación del problema en la larga duración histórica

Las naciones, y las relaciones genealógicas entre ellas, se construyen, sin embargo, en la larga duración histórica, no en la corta, y pasado este momento de desconcierto los viejos estereotipos volvieron rápidamente al punto de partida. Ya en 1865, todavía con Maximiliano en el trono de México, el liberal Ignacio Ramírez, *el Nigromante*, responderá a un artículo de Emilio Castelar en que éste defendía la identidad de raza y cultura entres españoles y mexicanos, con otro con el revelador título, como ya se dijo, de “La desespañolización”<sup>48</sup>.

El artículo de Castelar, que tenía un gran prestigio entre los liberales del continente –tanto los periódicos de la ciudad de México como los de Buenos Aires o Lima reproducían de manera habitual sus artículos en la prensa española<sup>49</sup>–, se publicó en un momento particularmente favorable. España seguía gozando de las simpatías generadas por la decisión de Prim y también, aunque en menor medida, por el ambiguo posicionamiento tanto del Gobierno español como de los españoles de México frente al Segundo Imperio Mexicano. El conocido cabecilla conservador José María Cobos, uno de los múltiples españoles mexicanos de nacionalidad difusa –en su caso ni siquiera está claro que hubiese nacido en España–, por ejemplo, evitó apoyar a las tropas francesas en la batalla de Puebla, e Isabel II, por su parte, recomendó a sus súbditos residentes en México no participar en los festejos de recibimiento al emperador Habsburgo. Era una ambigüedad lógica si consideramos que, a diferencia de los anteriores proyectos de restauración monárquica, todos con apoyo de España y de los españoles de México<sup>50</sup>, la del Segundo Imperio no se basó en la vuelta de los Borbones españoles al trono de México: tanto para las élites españolas como para muchos de los españoles mexicanos, la restauración monárquica en una dinastía distinta de la española fue considerada poco menos que una afrenta.

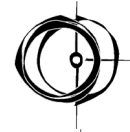
A pesar del buen momento para la recuperación de las relaciones con España e, indirectamente, con el pasado español de México, la respuesta del influyente *Nigromante* a las afirmaciones de Castelar será tajante y dentro de los más estrictos parámetros de la hispanofobia liberal mexicana tradicional. No sólo no había ningún tipo de identidad común entre españoles y mexicanos, sino que “el último pueblo de la tierra al que desearían parecerse las demás naciones de la tierra es al pueblo español”. España era una nación perdida para la civilización y lo que debía de hacer el político español, si de verdad quería vivir en una sociedad liberal, era venirse a México.

Paralelamente, una vez producida la derrota de Maximiliano, a pesar de la voluntad de la República restaurada de imaginar la guerra entre juaristas e imperiales como una segunda guerra de independencia, contra los franceses en lugar de contra los

48. Aparecido originalmente en el periódico *La Estrella de Occidente* de Ures, fue posteriormente publicado por *El Semanario Ilustrado* de la ciudad de México (Ignacio RAMÍREZ, “La desespañolización”, *El Semanario Ilustrado*, 2-10-1868).

49. *El Monitor Republicano* en el caso de México.

50. Sobre la participación española y de españoles en los distintos intentos de restauración monárquica en el México del siglo XIX véanse Jaime DELGADO, *La monarquía en México, 1845-1847*, México, Porrúa, 1990; PÉREZ VEJO, *España en el debate público mexicano*; Antonia PI-SUÑER LLORENS y Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS, *Una historia de encuentros y desencuentros. México y España en el siglo XIX*, Secretaría de Relaciones Exteriores, México, 2001; Agustín SÁNCHEZ ANDRÉS y Pedro PÉREZ HERRERO, *Historia de las relaciones entre España y México, 1821-2014*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 2015, y Miguel SOTO, *La conspiración monárquica en México. 1845-1846*, México, EOSA, 1988.



españoles, con la batalla de Puebla convertida en una especie de segunda fiesta nacional, Francia recuperará rápidamente en el imaginario mexicano su papel tradicional de cabeza de las naciones latinas, símbolo del progreso, la civilización y el liberalismo. El inicio fue uno de los momentos más afrancesados de la vida de México, el del Porfiriato, con Francia como madre intelectual de las naciones latinas del Nuevo Mundo, la América Latina que, según la afirmación de Jules Ferry en su célebre discurso en la Asamblea Nacional de Francia del 28 de julio de 1885, “*nous appartenait de temps en quelque sorte immémorial*”. Nos pertenece porque es parte de nuestra familia. La imagen tendrá una de sus mejores expresiones en el monumento ofrecido por los franceses de México para las celebraciones del Centenario de la Independencia de 1910, cuando todas las colonias extranjeras rivalizaron por mostrar las especiales relaciones de sus naciones de origen con la que habían elegido para vivir. El de la colonia francesa está dedicado, no por azar, a Louis Pasteur, símbolo por excelencia en ese momento del liderazgo intelectual francés entre las naciones latinas del mundo<sup>51</sup>.

El momento será también uno de los más hispanófilos, especialmente a partir de la derrota española frente a Estados Unidos de 1898, que en México, como en el resto de las repúblicas hispanoamericanas, marcó el inicio de la gran reconciliación con España. Tendría su culminación en las conmemoraciones del Centenario de 1910, en recuerdo de la ruptura con España, pero convertidas, paradójicamente, en la celebración del reencuentro con la antigua metrópoli, como muestran desde el protagonismo dado al embajador extraordinario enviado por el Gobierno español, el marqués de Polavieja, sin parangón con el dado a ningún otro embajador extraordinario, hasta las palabras dedicadas a España, la única nación extranjera a la que se hizo referencia en la inauguración del monumento a la independencia en el Paseo Reforma de la capital de la República:

Creeríame indigno del honor de haber ocupado esta tribuna si descendiera de ella sin saludar a la madre España, cuando en la lengua que ella compartió con nosotros estamos bendiciendo la Independencia, y cuando en nuestro corazón se estremecen fibras que ella misma forjó<sup>52</sup>.

Fue el momento en el que los españoles de México más cerca estuvieron de dejar de ser gachupines, causa y origen de todos los males de México, y convertirse en hermanos de sangre de los mexicanos<sup>53</sup>. Tendrá una de sus mejores expresiones en el, finalmente no construido, pero del que se llegó a poner la primera piedra, monumento de los españoles de México, dedicado, tan poco por azar como el ofrecido por los franceses, a Isabel la Católica, la reina del descubrimiento, madre simbólica “por la sangre” de todos los pueblos hispánicos<sup>54</sup>.

---

51. Tomás PÉREZ VEJO, “Historia, política e ideología en la celebración del Centenario mexicano”, *Historia Mexicana*, LX, julio-septiembre 2010, pp. 31-84, y Verónica ZÁRATE TOSCANO, “Los hitos de la memoria o los monumentos en el Centenario de la independencia de México”, *Historia Mexicana*, LX (julio-septiembre 2010), pp. 85-136.

52. “La inauguración del monumento a la independencia. Discurso del Sr. Lic. Don Miguel Macedo”, *El Imparcial*, 17-9-1910.

53. Tomás PÉREZ VEJO, “Cuando los españoles estuvieron a punto de dejar de ser gachupines”, en ídem (coord.), *Enemigos íntimos. España, lo español y los españoles en la configuración nacional hispanoamericana*, México, El Colegio de México, 2011, pp. 213-244.

54. Tomás PÉREZ VEJO, “Historia y memoria en la celebración del Centenario mexicano”, en Paul-Henri GIRAUD, Eduardo RAMOS-IZQUIERDO y Miguel RODRÍGUEZ (eds.), *1910 México entre dos épocas*, México, El Colegio de México, 2014, pp. 53-64.



El resultado final fue ese Francia la madre intelectual y España la madre por la sangre de las celebraciones de 1910, en cuyo origen tuvo un papel determinante lo ocurrido en esas décadas decisivas para la construcción del Estado, pero también de la nación, mexicanos que fueron las centrales del siglo XIX, décadas en las que, es una de las hipótesis de este artículo, se articularon algunas de las claves fundamentales de la construcción de la nación mexicana, todavía hoy en gran parte vigentes. Y es que el tiempo de los procesos de construcción nacional es el de la larga duración histórica, no el de la corta.

